

**PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA NACIÓN,
NOHRA PUYANA DE PASTRANA, CON MOTIVO DE LA
CELEBRACIÓN DE LOS 30 AÑOS DE LA FUNDACIÓN
PARA LA ASISTENCIA A LA NIÑEZ ABANDONADA -FANA-**

Bogotá D.C., 4 de febrero de 2002

Cuando era pequeña, a Mercedes Rosario Pineda de Martínez le preguntaban qué quería ser cuando creciera. Ella, sin dudar, respondía que quería ser la madre de muchos niños. Hoy vemos que, al convertirse en la mujer tierna y valiente que es, cumplió su palabra, y la cumplió con creces. Mercedes es la madre de 11.600 niños que, junto con sus hijas María Lucía y Elena, han podido recibir la dulzura de un hogar propio en Colombia y en el mundo entero.

Este sueño de la maternidad en ocasiones se convierte en una vocación que supera los límites de la familia y se extiende a la sociedad entera. Éste es el caso de Mercedes, quien extendió las alas de su amor por los niños, no solamente al entorno de su hogar, sino a miles de familias colombianas y extranjeras, compartiendo con ellas el don de poder amar y educar a estos niños.

La historia de Mercedes y de la Fundación para la Asistencia a la Niñez Abandonada -FANA- es, sobre todo, una historia del corazón, una historia de gratitud hacia Dios y hacia la vida, digna de contar y repetir porque en ella se cristalizan las más grandes virtudes humanas.

Todo empezó cuando Mercedes y su esposo adoptaron a sus queridas hijas: María Lucía, en Canadá, y Elena, en Colombia. Fue tanto el amor que recibieron y dieron con esa afortunada decisión, fue tal la emoción que incendió sus corazones, que decidieron hacer algo para que muchos más niñas y niños y muchas más parejas pudieran disfrutar del don que ellos vieron hacerse realidad en su propio hogar.

Mercedes ha puesto en práctica las palabras de Jesús cuando decía: *“En la casa de mi Padre hay muchas moradas”*. También en su corazón hay muchas moradas, mucho cariño, mucho espacio para dar y para compartir. Su corazón es un palacio que alberga a miles de almas agradecidas y por eso nunca conocerá la soledad.

Una tarde de septiembre de 1971, Mercedes, su esposo, su madre y un grupo de amigos se preguntaron qué podían hacer

para ayudar a los niños que nacen sin el amparo de un hogar o de una familia que los desee y los cuide con amor. No me cabe duda de que esa reunión fue bendecida por la inspiración amorosa de Dios que los iluminó con una maravillosa idea, que hoy ya cumple 30 años de vida. Estoy segura de que entonces, en el corazón de cada uno de los asistentes, -quienes hoy siguen formando parte del Consejo de Fundadores-, brilló, como una revelación, otra hermosa enseñanza del Maestro del Amor: *“Aquel que acoge a un niño en mi nombre, es a mí a quien acoge”*.

Al principio, comenzaron cuidando algunos niños provenientes del Hospital de la Misericordia en sus propias casas. Pero pronto vieron la necesidad de tener un lugar destinado únicamente a llevar a cabo su obra de amor y una organización que agrupara sus esfuerzos. Fue así como alquilaron su primera casa para atender y dar refugio a esos pequeños seres humanos que hoy ya son hombres y mujeres de bien, comenzando por la dulce Anita, la primera niña que recibieron, bautizada así como un homenaje a la madre de Mercedes.

Gracias a esta voluntad, hoy hace exactamente 30 años, este grupo de amigos fundó FANA, una institución que ha sido para

Mercedes -su máxima promotora- el mejor testimonio de su gratitud por sus hijas y de su deseo de extender a los demás esa felicidad que vino con ellas.

Nadie puede ser avaro con la felicidad. Si Dios nos da el privilegio de amar y ser amados, ese es un don que tenemos que expandir y compartir con todos con quienes podamos hacerlo. Mercedes y las buenas personas que la acompañaron en su empresa de vida lo hicieron así. Hace tres décadas, gracias a ellos, se abrió la posibilidad de que miles de pequeños tuvieran una familia y contagiaran de alegría y satisfacciones a los hogares donde les fue brindada la ternura y los cuidados que todo niño merece.

Hoy el equipo de FANA sigue trabajando para hacer realidad tanto amor, siguiendo un propósito valioso como pocos: *“Darle familia a un niño, y no un niño a una familia”*.

Todos estos años de entrañable esfuerzo han fructificado, además, de muchas otras maneras. Una de ellas es la fundación, en marzo de 1979, del Hogar Margarita, así llamado en memoria de la santa Marguerite D’Youville, fundadora de la Congregación de las Hermanas Grises de la Caridad.

El Hogar Margarita se ha convertido en un verdadero refugio de amor y aprendizaje para cientos de mujeres jóvenes embarazadas que, en lugar de acudir a soluciones extremas y completamente indeseables como el aborto, deciden entregar sus hijos en adopción para que esa nueva vida, que ellas, por diversas razones, no pueden cuidar, sea la luz de alegría en una familia donde será rodeada de amor y por amor.

Allí las jóvenes madres, muchas veces rechazadas por sus propios familiares, encuentran un ambiente de cariño y tranquilidad durante su embarazo y, además, aprenden a leer y escribir o se capacitan en talleres sobre materias útiles para su futuro, como confección y panadería, preparándose para continuar su camino con la tranquilidad de haber dado la más grande oportunidad a sus hijos: la de vivir.

El secreto de tanto éxito y tanta alegría está en que el amor del que tanto se habla es aquí una realidad que podemos sentir a flor de piel. El amor, en toda la historia y la obra de FANA, es el pan de cada día. Por eso una madre agradecida, que recibió en adopción una niña y un niño nacidos en el Hogar Margarita, escribió estas hermosas palabras: *“Que nuestros hijos*

comprendan que no son el resultado de un abandono, sino el fruto de un don: el primer acto de amor de su existencia”.

El cariño que se respira en FANA y en el Hogar Margarita proviene de la calidez con que cada uno de los miembros de esta gran obra realiza sus labores; es fruto de la entrega y del compromiso de un grupo de personas que regala, cada día, un poco de su alma a los demás. Todos los que en estas tres décadas han trabajado desde esta Fundación por la niñez abandonada, con dedicación, misticismo y alegría, merecen todo nuestro reconocimiento y la bendición del cielo. A todos ellos, ¡muchas gracias!

Aquí sólo hay amor, sobre todo amor y nada más que amor. El mejor testimonio de esta obra del corazón son los miles de niñas y niños y los miles de padres felices que han recibido de FANA el don de la familia. Es tan grande el amor con que se realiza el proceso de adopción, es tan especial la atención que se brinda a las jóvenes madres, que en todas sus historias, surgidas muchas veces del abandono y el maltrato, se descubre siempre la armonía que sólo generan los sentimientos más puros. Aquí los hijos adoptados no se sienten ajenos ni distintos a sus padres adoptantes, sino que entre

ellos se forma un lazo mucho más grande y mucho más sólido que el de la misma sangre: el lazo infinito del amor.

Aquí no hay, de verdad, madres y padres adoptantes, sino algo más hermoso aún: ¡madres y padres del corazón!

Y en esta cadena de milagros participan muchos. Por ejemplo, es importante destacar que FANA ha contribuido con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar a la protección de unos 6 mil niños víctimas del abandono y el maltrato, muchos de ellos con problemas de discapacidad.

También es resaltable la labor que cumplen las Asociaciones de Familias y de Amigos de FANA que han surgido en Colombia y en varios países del mundo, inspiradas por el deseo sincero de contribuir a que esta obra crezca y cobije cada vez a más pequeños y más familias con su labor de amor.

Y siguiendo en esta cadena, FANA ha establecido también con la Universidad de la Sabana un Centro de Desarrollo Familiar en la comunidad de Suba, donde se han capacitado hasta ahora 400 personas con un diplomado en Liderazgo Familiar Comunitario, con seminarios de formación de jóvenes líderes y

cursos de formación empresarial. FANA cree, como lo hemos dicho siempre desde el Gobierno, que la paz se construye también, y sobre todo, desde las mismas familias, y por eso trabaja por la educación familiar.

Como se ve, las buenas obras, al igual que el amor, son contagiosas y se expanden de corazón a corazón, como el mejor antídoto contra la dura realidad de la violencia y el abandono.

Apreciada Mercedes; apreciados amigos y amigas de FANA:

Andrés y yo, que conocemos y disfrutamos la dicha de ser padres y damos gracias a Dios por habernos otorgado esta oportunidad, unimos nuestras voces a las de los niños y las mujeres beneficiados por la bondadosa obra social de FANA, así como a las voces de los padres y madres que gracias a ella lograron su anhelo, para felicitarlos en esta ocasión tan especial.

Hoy me siento muy feliz al tener la alegría de acompañarlos en este aniversario y de imponerle a Mercedes Pineda de

Martínez, como el justo reconocimiento de su patria a su trabajo de amor y de vida, la Orden Nacional al Mérito.

Colombia está orgullosa de tener entre sus hijos a personas como Mercedes y como todos aquellos que entienden que no hay mayor alegría que dar, ni mayor riqueza que compartir.

Esta noche lo digo con una inmensa emoción: ¡Gracias, Mercedes, por tu vida y tu entrega a la niñez abandonada! ¡Gracias a Flor Ángela Rojas, a todo el equipo humano de FANA, a los voluntarios, a los donantes y a tantos otros que han sabido hacer de esta Fundación un ejemplo de labor social cimentada en el amor!

Ustedes son los causantes de muchas risas y -aunque parezca paradójico- también de muchas lágrimas, pero lo bello de esto es que las lágrimas que inundan los ojos y los corazones de los padres que conocen a su hijo, o de la madre que lo entrega para un mejor futuro, no son de tristeza o desolación: Son lágrimas purificadoras que corren como un río de sentimiento hacia el océano de la vida.

Termino estas palabras de sincero homenaje con las frases escritas por una pareja de padres que así agradecieron a FANA por su gestión de amor.

“Siempre hemos creído en los ángeles, y ahora sí que hemos conocido a muchos ángeles, porque lo que hacen en FANA no es otra cosa que una obra de Dios por medio de sus mensajeros en la tierra. Nunca pensamos que sería posible sentir tanta felicidad”.

¡Qué Dios los premie y bendiga su obra, querida Mercedes y queridos amigos de FANA! ¡Que sigan siendo siempre, y por muchos años más, mensajeros de la felicidad!

Muchas gracias.